

La felicidad, entre el ser y el tener

Autor: Juan TOMÁS FRUTOS

Categoría: Reflexiones

Publicado el: 25/10/2013

La felicidad viene siempre de una actitud: se consigue cuando aceptamos que las cosas son como son, que tenemos lo que tenemos, que la vida sigue su curso, a pesar de nuestra visión personal. Eso no quita el esfuerzo por la mutación, por el cambio, por la búsqueda de lo positivo. Cumplido el intento, incluso cuando tiene que ser reiterado, no podemos torturarnos por aquello que vemos cada jornada, o que sufrimos...

Es cierto que, a menudo, la suerte no viene de cara. La desgracia busca, de vez en cuando, nuestro nombre, y hasta se ceba con nosotros. Al menos, eso es lo que parece en esos instantes. Nunca pensamos que, puestos a elegir, si pudiéramos, hay males mayores, claro. La perfección no existe, ni siquiera por accidente. No obstante, en ocasiones, nos torturamos con el deseo de que se manifieste en nuestras existencias.

El ser humano, que es ambicioso por naturaleza, no siempre calcula, no siempre calculamos, lo que nos conviene, lo que podría ser aceptablemente deseable. No lo hacemos. Queremos más y más, y así nos arruinamos el particular devenir con molestias sin un sentido níveo. Es lógico que nuestro ideal sea deambular como un sultán, como un rico adinerado al que le sobra de todo y que de todo tiene. Sin embargo, hasta esto último es imposible, o poco recomendable...

La felicidad no es una cuestión de dinero, aunque el dinero ayude, evidentemente. El placer viene, inequívocamente, de sacar partido a lo que hacemos en cada momento. En ciertas oportunidades nos metemos en enredos, en dudas, en deseos, en partidas de dominó que no podemos ganar, fundamentalmente porque nos ponemos el listón más y más alto. Es una locura. En nuestro mundo competencial no pensamos que lo más importante es ser una buena persona: eso no tiene "peso", o, mejor dicho, no tiene peso económico. Los ideales de antaño, esa moralidad que ahora se confunde con religión, se han quedado atrás, y por ello no nos comprendemos, a veces, ni entre padres e hijos. La perspectiva de lealtad se pierde en el ocaso de una fantasía que ni siquiera se relata en los cuentos.

Afirmaba Quevedo que la mejor señal de que se es una buena persona es "ni tener ni deber". Algunos viven en esta contradicción, y, además, se quejan ante el psicólogo o el psiquiatra de que

nadie los entiende, ni ellos mismos. La maldición de una conquista financiera trae más y más soledad, que es el mal endémico de nuestro tiempo. Los precios suben como locos, y las distancias entre el "bien-estar" y las posesiones nos invitan a una dinámica demente que nos atosiga sin que pensemos con claridad. No lo hacemos.

Por la mejora interior

Caemos en la cuenta, a menudo, sobre este despropósito, y nos decimos que vamos a cambiar, pero no lo hacemos. En el fondo somos como niños: queremos más y más, y no cejamos en este empeño inútil. Manuel Kant nos invitaba a una mejora interna con su "atrévete a pensar por tu cuenta", pero no lo efectuamos. Somos unos auténticos majaderos que, como en el Retablo de las Maravillas de Cervantes, decimos lo que conviene reseñar, aunque veamos otra cosa. Mi adorada Bonnie Tyler resalta que "no es tan importante ser siempre número uno", sobre todo, añadido yo, porque el coste es muy elevado, demasiado.

Nos cubrimos con sábanas de desconocimiento, de ignorancia atrevida, de modernidad mal entendida, y nos ponemos a desayunar un día y otro con la aceptación por montera. Parfraseando a Susan Sontag, es evidente que "tanto horror nos hace insensibles": insensibles con los demás, con los hermanos, con los compañeros, con los padres, con los amigos... Queremos la plenitud de los tiempos en nuestro tiempo, y no entendemos que el futuro y su cosecha son siempre relativos, como apuntaba Einstein.

Todos querríamos ser verdaderos maestros, pero lo mejor es reconocer que cada cual se debe ocupar de lo suyo, de lo que sabe. La sencillez y la pureza de las cosas son el mejor bastión para caminar ligero de equipaje, que diría el poeta. Lo malo es que la tentación, como en la película, vive arriba, o, quizá, en todas partes. La renuncia a la prisa y a la conquista de usar y tirar ha de figurar en el frontispicio de nuestras existencias. La frustración viene de mucho ansiar. Nuestra enfermedad procede de quererlo todo. Frecuentemente, olvidamos que todo se queda aquí. Gastemos la energía en amar. Reiteremos que la felicidad proviene de tener clara la diferencia entre ser y tener.

Juan Tomás Frutos.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Juan TOMÁS FRUTOS](#)

Más relatos de la categoría: [Reflexiones](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)

